

¡La reina del dolor!

POEMA

G-F 6507

DG
D
BA

¡La reina del dolor!

POEMA EN CINCO CANTOS

POR

VALENTIN LORENZO DEL POZO

UNA PESETA

VALLADOLID

IMPRENTA DE JUAN RODRIGUEZ HERNANDO

Duque de la Victoria, 18.



N.T. 106274
CB. 1129377

R. 76258

¡La reina del dolor!

POEMA EN CINCO CANTOS

VALENTÍN LORENZO DEL POZO

Es propiedad

UNA PÉSTA

VALLE ARRILO

Impreso en los talleres de la Editorial "El Libro"

Atarjea de Llanes, 1937



MI PRIMER PÁGINA



Un libro sin cuatro frases del autor á la cabeza parece, á mi entender, una irreverencia hacia el lector, con el que debe sincerarse antes de conducirlo al escabroso camino de la instrucción ó el agrado: he aquí, pues, mi principal objeto, lo que justifica esta mi primera página.

A este libro—inmeritorio como de mi tosca pluma—le falta, á más, el matiz más colorido y harmónico que, dado el asunto que en él me propongo desarrollar, le falta.

A este mi pobre libro creo le haría destellar—dada su escasa valía—el nombre á su cabeza de una ilustre dama de esta muy noble Vieja Castilla.

Pero ¡ay! ni yo de ello tengo facilidad ni lo merezco. Limítome, pues, á decir lo honroso que para mí hubiera sido encabezar estas líneas con el nombre de una dama linajuda.

Sea, pues, mi libro bien acogido aunque no lleve en su frente tan alto honor, y trátalo, lector querido, como tratarías á la protagonista de mi historia.

El Autor



¡La reina del dolor!

POEMA

Canto primero

Sobre un pintoresco valle
tan risueño y seductor
que no es posible que se halle
cielo de más esplendor;

De límpidos arroyuelos
rodeado y de follaje;
de árboles de grandes vuelos
nacidos á su arbitraje;

Pero formando un conjunto
tan bello, tan primoroso
que no se hallará otro punto
de natura más hermoso!

Ni en Suiza ni en Venecia
es posible que haya un cielo
de tan bella refulgencia
ni de tan risueño suelo.

Pues allí las flores cantan
en el campo, su hermosura;
los arroyos corren, saltan
bendiciendo á la Natura.

Allí todo es seductor;
todo es hermoso y risueño:
yo creo que ya mejor
no se dibuja ni en sueño.

Y sin embargo es de España
tal lugar, sí; y de Castilla
la Vieja. ¿Acaso os extraña
el tener tal maravilla?

¡No, no! viejo castellano,
no te extrañe esa hermosura;
también á tí el Soberano
te dió risueña natura.

Y si do tal sitio es
te preocupa, lector,
voy á decirtelo, pues:
Valle de Esgueva en su honor.

El nombre no le hace al caso;
pues á nada condujera
que yo, por salir del paso,
uno fingido te diera.

Si tenéis ya del lugar,
aunque pequeña, una idea,
la figura destacar
ved por allí de una aldea.

De una aldea cuyas casas
casi casi pueden verse;
pues la vista de élla pasas
al mirar sin detenerse.

Pero ¡ay! que si se percibe
tu vista de aquella hondura
de las montañas declive
y verjel de la natura,

Te llenas de admiración
al ver allí cien casitas
cercadas en confusión
de arbustos y florecitas;

Cuyos arroyos corriendo
de la aldea en derredor
van á todo sonriendo
y á todo dando color.

Y cuando el sol con sus rayos
manda un día esplendoroso
de esos risueños de Mayo...
¡que cielo aquel más hermoso!

No hay nada más seductor
que aquella hermosa campiña;
que por allí una canción
escuchar de cierta niña.

Pero más no divagemos
describiendo tal aldea;
ya, aunque pequeña, tenemos
de élla suficiente idea.

Vamos, pues, ya conocido
tan pintoresco terreno,
á hablar de lo sucedido,
entrando en cuestión de lleno.

Canto segundo

Vivían en el lugar
de que hemos hecho mención
dos amantes, cuyo amar
era en la moza pasión
y en el hombre idolatrar.

El amor en la mujer
rayaba casi en locura.
Yo creo no podrá haber
en ninguna criatura
cual aquel otro querer.

No era extraño: Rosalía
otro amor no conoció
que el que en su pecho latía:
con él yo creo nació
y por él sólo vivía.

Pues en la aldea nacieron
y casi igual se criaron;
juntos por ella corrieron,
y emociones mil cambiaron
hasta que su amor sintieron.

Y cuando en sus corazones
sintieron igual latido,
el amor sus emociones
en un mirar confundido
declaró sus impresiones.

Y se amaron, si, se amaron;
pero no cual otros seres.
Jamás amor se juraron
como otros; más sus querer
de éllo no necesitaron.

Rosalía en aquel mozo
dueño de todo su amor,
veía de dicha un pozo;
su sueño de más color,
su felicidad, su gozo.

También su amante por élla
sentía amor verdadero;
la contemplaba tan bella
que era su sueño hechicero
poder lograr tal doncella.

Verdad es que Rosalía
digna era de todo amor;
era hermosa: parecía
una caprichosa flor
en belleza y lozanía.

Era una hermosa aldeana
de colores naturales,
y belleza soberana.

De pequeños ideales;
pero de un alma cristiana.

Ruda, con esa rudeza
de seres poco sociables;
de ignorancia en la cabeza;
pero á veces envidiables
de su alma por la grandeza.

Así era nuestra mujer,
nuestra hermosa Rosalía:
de puro y dulce querer;
bella cual de Mayo un día;
alma de angélico ser.

Su amante era un mocetón
del campo, noble y fornido;
de escasisima instrucción
y vulgarmente vestido;
¡pero de un gran corazón!

.....

Ya, teniendo hecho un bosquejo
del lugar y personajes,
no hagamos el cuento añejo.
Coged vuestros equipajes
y venid, os lo aconsejo.

Venid conmigo al lugar
que tenemos ya *descrito*,
y vámonos á llegar
muy chitón y muy quedito
donde hablan dos de su amar.

.....

Es una tarde de Mayo
próximo á espirar el día.
El sol en su último rayo
del mundo se despedía
con paulatino desmayo.....

Junto á un cristalino arroyo
una roca nace airada,
roca que sirve de poyo
al amante y á la amada:
junto á la roca hay un hoyo.

Vámonos á colocar
en éste con gran cuidado
para poder escuchar
de la amante y del amado
cuanto éstos puedan hablar.

.....
La mujer parece llora;
el hombre triste suspira;
una pájara cantora
dice adios al sol que espira,
y el celaje empieza ahora.

.....
.....
No llores, amada mía,
no llores—dice el amante,—
que tras este aciago día
vendrá, una aurora brillante,
vendrá, no llores, confía.

Y estos campos tan hermosos
que nos han visto nacer,
nos verán también dichosos
cuando yo llegue á volver
y nos hagamos esposos.

¡Ay, Pedro!—dice la amada—
¿Pero cómo no llorar
si está mi dicha cifrada
en tí y te veo arrastrar
á una guerra tan malvada!

¡Déjame, Pedro querido,
llorar, aunque tu no llores,
ese tiempo trascurrido
por aquí; nuestros amores
lo felices que hemos sido!

.....

¡Pobre joven! ¿Por qué llora?
¿Por qué gime tan dolida?
Habla de guerra traidora.....
¿Será que lucho homicida
se encendió en terrible hora?

Si: la guerra ha proclamado
un pueblo que independiente
quiere ser, y allí han llevado
á nuestro español valiente
á refrenar al malvado.

Mas la traicionera guerra
reclamaba sin dolor

hombres para aquella tierra,
los que su clima traidor
daba una muerte que aterra.

Y en una fatal llamada,
de entre las muchas que hacía
el Gobierno, fuéle airada
la suerte á Pedro y tenía
que ir á la guerra malvada.

Y al siguiente día de ese
en que los vemos hablando,
Pedro, pesare á quién pese,
es cuando presto marchando
tiene que ir: ¡quién lo creyese!

Así que cómo no estar
Rosalía compugida?
Y él ¿cómo no suspirar
viendo á la mujer querida
de tal manera llorar?

Ellos, que después del cielo,
no conocieron más dicha
que la de amarse en el suelo,
y causara su desdicha
de cualquiera un desconsuelo....

¿Cómo no estar apenados
y verter copioso llanto?
¡Si, llorad, seres amados,
¡Llorad perdidos encantos
de caricias adornados!

¡Llorad, llorad si la suerte
que sabe Dios os espera!
¡Acaso de uno la muerte
haga esa hora la postrera!
¡Rosalía hazte la fuerte!

.....

Fuéronse los dos amantes,
después de tan triste idilio,
caminando jadeantes
de su aldea al domicilio
que los sonriera antes.

.....

¡Para siempre el arroyuelo
y todo aquel campo hermoso
perdió su color de cielo!
¡Todo quedaba lloroso,
para los dos, de aquel suelo!

Toda la distancia fueron,
hasta su casa, llorando.
Casi nada se dijeron.
Mirarse ambos suspirando:
ésto es lo que más hicieron.

Mas por la iglesia al pasar
de la aldea, con fervor
se postraron á rezar.
Allí juráronse amor,
y volvieron á marchar.

Ya á la puerta de la casa
en que habita Rosalía,

él, aunque el dolor le pasa,
dícela: Adorada mía,
pongamos al pesar tasa.

¡Adios! y pues nos amamos,
como sabes, no penemos.
Mañana nos separamos;
pero pronto nos veremos,
y entonces ante Dios vamos.

Es verdad, Pedro querido,
adios—dijo Rosalía—
Mi amor con el tuyo unido
estará de noche y día
¡Quiera Dios vuelvas cumplido!

¡Más no sé por qué presiento.....
en fin: nada.... adios, adios!
No quiero darte tormento
diciéndote veo en pos
de mí un dolor muy cruento!

Cuando vayas á emprender
la marcha, ven por aquí
—Mañana al amanecer
volveré á estar junto á tí:..
adios!..
—...¡adios mi querer!

.....

A la mañana siguiente
apenas rayaba el día,
aunque triste, diligente,

Pedro del pueblo salía
adios diciendo á su gente,

Cuando ya lejos se hallaba
de aquel su querido valle,
volvióse y triste miraba
la última y ruinosa calle
y una lágrima le daba!

Después: llegó á la ciudad,
le instruyeron le llevaron
y, tras larga enfermedad,
en la guerra lo enterraron,
dudando aquí su verdad.

.....

A la par que eso ignoraba
aquella aldeana hermosa
doble pena traspasaba
su corazón, y llorosa,
por tal, siempre se encontraba.

Su padre enfermo cayó,
único ser que tenía
en el mundo, y sucumbió,
quedándose Rosalía
sóla y pobre... cual nació!

Esta terrible dolencia
su pecho hirió de tal suerte
que no tuvo resistencia,
y enfermó; pero la muerte
mostró con ella clemencia.

Y otra vez, cierta mañana
del otoño, por el valle
salió la hermosa aldeana,
cruzando la última calle,
á respirar brisa sana.

¡Pobrecita Rosalía!
¡Qué triste, qué horrible pena
su corazón oprimía!
¡Antes de colores llena
y después pálida y fría!

Antes de marchar su amante
y de su padre morir,
sencilla hacia elegante;
alegre no hay que decir,
y de hermosura..... irradiante!

Antes de tan triste duelo
Rosalía era en la aldea
la más jovial de aquel suelo,
la de más graciosa idea,
y la hermosa como el cielo.

Cuando iba á la fuentecilla
agua límpida á coger,
de su roja cantarilla,
los mancebos de la villa,
todos querían beber.

Ella, con gracia y finura,
á todos correspondía;
y á todos con su hermosura,

su garbo y su donosura
cautivaba Rosalía.

Y una canción dando al viento,
cuando alguien la requabraba,
daba al hombre tal tormento
que parece los llevaba
tras sí con tan suave acento.

Pero ¡ay! desde que aquel mozo
dueño de todo su amor
se ausentó, todo su gozo
adquirió un triste color
y su hermosura un embozo.

Y cuando el golpe terrible
de la muerte hirió en su padre.....
su dolor fué indescriptible!
no hay mal ya que más taladre
en su corazón sensible.

Pero..... ¿y cómo de otro modo,
si la pobre Rosalía
quedó huérfana del todo,
sin más amparo que el día
y del mundo un mar de lodo?

No tenía ni un pariente
lejano ¡ni uno siquiera!
Sóla quedaba inclemente
al no ser que alguien hiciera
para ella de Omnipotente.

¡Y abrigaba tal temor
su porvenir al mirar,

que la causaba terror
ciertas cosas al pensar
y un angustioso dolor!

¡Oh!—decía—si mi amante
volviera ya en corta fecha.....
aunque mi pena es bastante
de mi dolor esta brecha
no fuera tan apremiante!

Pero ¡ay! medio año ha pasado
sin saber qué del ha sido!
¿Habrà su vida entregado?
¡Oh! no, que no haya ocurrido
de ese modo, Dios amado!

Y de la duda el tormento
por algún tiempo llevando,
un fatal presentimiento
poco á poco fué abrigando,
que hizo su penar más lento.

Largo tiempo Rosalía
de caridad objeto era.
Aquí demoraba un día,
allí una semana entera;
y así el tiempo trascurría.

Donde más tiempo vivió
fué en casa de su adorado.
Su familia la acogió
y la tuvo á su cuidado
hasta que un año pasó.

¡Pero cuando un día horrible
llevó de Pedro la suerte,
la nueva fatal, terrible,
de que le arrastró la muerte.....
su pesar fué indescriptible!

Y resuelta ya á arrostrar
del mundo todos los males,
decidió irse del lugar,
do abrigó mil ideales
y ninguno pudo hallar.

Pues aquel valle frondoso,
para ella, en mejores días
perdió aquel color hermoso
que dibujó sus orgías:
¡ya todo estaba lloroso!

¡Recuerdos sólo y pesares
la daba su triste valle!
De los mozos los cantares
cuando rondaban la calle,
evocaban sus amares!

¡Y esto la daba tal pena,
tanto dolor y amargura,
que allí nunca fuera ajena
al pesar y á la tortura,
sinó de recuerdos llena!

Y sobre huérfana ser
en aquel sitio viviera
que ansiara más su querer,

y tan cerca no tuviera
recuerdos mil por doquier.

.....
.....

Una mañana temprano
cogió su pobre equipaje,
se encomendó al Soberano,
y en un modesto carruaje
salió de su valle á un llano.

Cuando la aldea á perder
Rosalía iba de vista,
sin poderse contener
un suspiro que contrista
dejó entre lágrimas ver.

¡Al pasar el Campo-santo
sollozaba Rosalía
tanto, tanto; tanto tanto.....
que su corazón latía
oprimido por el llanto!

¡Adios!—le dijo al pasar —
¡Adios, seres de mi vida
que estais en ese lugar;
se va vuestra hija querida
con hondísimo pesar!.....

Os dejo; más volveré
en esta tierra á morir!
¡Ahí con vos me pudriré!
¡Cuando sienta mi vivir
apagarse aquí vendré!

¡Más ahora dejad que viva;
dejad que de vos me aleje.
Mi dicha ya en nada estriba,
pero permitidme os deje,
que aquí pronto á morir iba!

.....

¡Adios, mi valle querido!
¡Adios, azulado cielo
bajo el cual hube nacido!
¡Cuánto corrí por suelo
de ese tu campo florido!

.....

Eso entre lloro diciendo
fué atrás su aldea dejando
hasta que ya nada viendo
la dió otro adios suspirando
y desapareció gimiendo.

.....

Canto tercero

Pues señor: Ya Rosalía,
después de dejar su villa,
llegó á la Vieja Castilla
cuando casi anohecía,
sin más recomendación
que un alma pura y sencilla,
una honra sin mancilla
y un sensible corazón.

Quando á tierra su pie echó
estaba la capital
sin incidente anormal;
pero á ella la pareció,
al pisar aquella tierra
y sentir bullicio tal,
que era el precursor fatal
de algún tumulto de guerra.

Después que aquella impresión
halló reposo en su pecho,
do se apeó pidió lecho,
y ha poco en honda aflicción
Rosalía en él se hallaba;
más dormir bajo aquel techo
no pudo, y en triste accecho
una hora y otra pasaba.

Al fin llegó la mañana
y Rosalía temblando
se echó á la calle llorando.
A este tiempo la campana
de una iglesia tocó á misa,
y en ella entró sollozando;
y al Dios eterno rogando
se oyó decirle sumisa:

«¡Dios mío! mirad por mí,
por esta pobre mujer
que no tiene que comer
y á buscarlo viene aquí!
¡Sola me hallo en este mundo!
¡Solo Vos, Supremo Ser,

podeis mi mal socorrer,
tan triste como profundo!

¿Qué va á ser si de servir
no encuentro en esta Ciudad?
¿Qué va á ser, Dios de bondad,
sino de hambre sucumbir?
¡Pero no!..... Vos ya tendreis
de esta joven caridad.
¿No es verdad, Dios de piedad,
que no me abandonareis?»

Y en tan fervoroso ruego
la misa entera pasó,
y otra misa y otra oyó;
y era su fervor tan ciego
que nada la distraía.
Ya de su éxtasis salió
porque al sacristán sintió
que, muy fosco, la decía:

Señora, se va á cerrar,
tercera vez se la avisa;
ya ha sido la última misa
según pudisteis notar.
Caballero—contestó
nuestra joven indecisa—
perdonad—y muy sumisa
agua tomando salió.

Ya en la calle, Rosalía,
rumbo no sabiendo fijo,
¿á dónde marchar?—se dijo;

y camino no emprendía.
Calles y casas miraba
con un asombro prolijo,
y acostumbrada al cortijo
de su aldea se admiraba.

Por una casualidad
la sacó de aquel estado
un ser tan inesperado
como oportuno en verdad.
Acertó á pasar junto á élla
un militar, un soldado,
que, mirándola asombrado,
conoció su cara bella.

¡Tú por aquí, Rosalía?—
exclamó el buen milltar.
Su nombre élla al escuchar
se fijó en quien lo decía;
pero no reconociéndole
no supo qué contestar,
y atrás volvió su mirar
sin saber por qué temiéndole.

¿No me conoces, acaso,
porque voy así vestido?—
dijo el soldado, y unido
á esto dió hacia ella otro paso,
logrado verla defrente
otra vez; y acto seguido
dijo: ¿No me has conocido,
ó es que no hablas á tu gente?

¡No recuerdo quien sois—dijo
la aldeana Rosalía.

—¡Soy Juan! ¡aquel que vivía
junto al valle, en el cortijo!

—¡Eres Juan! ¡si que es verdad!

¡Así no te conocía;
además nunca creía
encontrarte en la ciudad!

Pero.... ¿cómo te hallo sólo?

¿Dónde tu gente quedó?

—¡Juan, mi padre ya murió,

Pedro también y una ola
de mal aquí me ha traído.

¡Ya mi dolor te explicó
la razón que me arrastró
á este estado tan dolido.

Y á esto la pobre aldeana
gruesas lágrimas vertía.

Consuélate, Rosalía—

dijo el soldado: mañana
tienes casa en que servir,
si quieres

—¡Virgen María!

¿de verdad, Juan?

—¡como el día!

No tienes más que decir.

Precisamente ahora vengo
de casa mi capitán,
porque sin criada están,

de hacer cosas que me avengo
Rosalía de decirte.
Mucho salario no dan;
pero allí te tratarán
bien, si sabes conducirte.

Luego tú puedes buscar,
con menos prisa otro puesto.

—Si, Juan, y si estás dispuesto
no dejes tiempo pasar.

¿Quieres conmigo venir?

—¡Vamos pues! y uniendo á esto
la acción de andar con un gesto,
vedles unidos partir.

.....

No os daré cuanto detalles
ocurrieron aquel día
á la hermosa Rosalía,
á aquella flor de los valles.
Sólo os dire que llegó
y que, aunque el lector se ría,
por Juan allí quedaría
á servir, como quedó.

Y pasó un mes y otro mes
y algún pesar de sí echando,
en lo que cabe, iba estando
hasta contenta después.

Y en su cara los colores
iban otra vez brotando
allá en su pecho evocando
otros tiempos seductores.

Y toda la gentileza
que tenía su figura
volvió á adquirir su hermosura,
y hasta más fina belleza.
Y tanto esto era verdad
que mi pluma os asegura
que era la más bella y pura
que existía en la ciudad.

Y cuidado que en la lid
de hermosura nadie deja
atrás la Castilla Vieja,
á la gran Valladolid.
Pues sin embargo existía
una moza sencilleja
que era la envidia y la queja
de cuantas bellas había.

En tal estado pasó
un mes y otro mes y un año,
sin suceso alguno extraño;
pero un día ya llegó,
que en sus mil evoluciones
entró á servir á un tacaño,
hombre traidor, cuyo daño
era aun más que sus millones.

Allí de ama de gobierno
entró, cargo muy honrado,
pero ¡ay! que aquel ser malvado
intrigante del averno,
la atorgaba; más acaso
con un fin tan ignorado

por élla como estudiado
por él, tan villano paso.

La sencilla Rosalia,
ignorante en el amor;
criada como la flor
que allá en su valle crecía,
ignoraba que aquel ser,
á quien tenía el honor
de servir, fuese el mayor
falsario de su querer.

Mas cuando cierta mañana
la relación á sus ojos
él la hizo de sus antojos....
¡oh, pobrecilla aldeana!
¡Tal dolor sintió en su pecho,
que le dijo con enojos
al ser de tales sonrojos:
«me voy debajo este techo».

En efecto: Rosalía
su equipo cogió afanosa,
y ha poco triste y llorosa
de aquella casa salía,
yendo posada á buscar
donde su alma candorosa,
hasta encontrar otra casa,
se pudiera cobijar.

Y en el mes del crudo Enero
así la pobre se hallaba,
viendo como se marchaba,

su escaso ahorro, lijero.
Y mientras así vivía
¡por cuantas cosas pasaba!
¡cuantas cosas no aguantaba
la aldeana Rosalía!

Más de una vez su hermosura
fué por hombres perseguida,
al ver tan pobre vestida
semejante criatura.
Pero ella, aunque se encontró
en azares tal sumida,
con resignación querida
y heroísmo lo aguantó.

¡Y cuántas veces el llanto
inundó sus bellos ojos,
al escuchar mil sonrojos
que la llenaban de espanto!
¡Cuántas veces su pudor
oyó cínicos antojos!
¡Cuántos reproches y enojos
tuvo que aguantar su honor!

Sin embargo: Rosalía
con heroísmo sin par
tanto mal dejó pasar.
Ya la pobre cierto día,
de estar mal alimentada,
notó su vida enfermar,
y cerca de un mes pasar
vedla en su lecho postrada.

Y ahorros ya no teniendo
cierta mañana fatal
lleváronla al hospital
copioso llanto vertiendo.
¡Por cierto que memorable
fué del hecho día tal!
Un martes de Carnaval
entró, ¡fecha inolvidable!

Y allá en un lecho que había
de una sala en un rincón
vacío, en honda aflicción
ved yacer á Rosalía.
¡Oh, cándida criatura!
¿Qué siente tu corazón?
¡Una continua traición
de la suerte, es, alma pura!

¿Por qué no es, Dios de piedad
esa joven más dichosa?
¿Por qué tan joven y hermosa
no gusta felicidad?
¿Es que viniste á la vida
como la flor primorosa
que entre abrojos afanosa
nace y siempre vive herida?

¡Oh! ¿qué suerte correrás
todavía por el mundo?
¡Acaso mal más profundo
que los pasados tendrás!
Pues la vida en ciertos seres

es de dolor mar inmundo,
en pesares muy fecundo
y muy escaso en placeres.

Pero volvamos, volvamos
al asunto principal.
Nuestra enferma al hospital
cierto día á ver vayamos.
Hablando está sobre el lecho
animada hasta jovial;
parece ser que su mal
va mejorando en su pecho.

Su alivio no es nada extraño:
todo su mal estribaba
en que anémica se hallaba,
origen de tanto daño.....
Así que con el cuidado
relativo, que gozaba
en tal sitio mejoraba.
aunque de un modo pausado.

Es una dama elegante
la que está con ella hablando;
y se ve de cuando en cuando
un ósculo darla amante.
¿Quién podrá ser la tal dama
con quien se halla conversando
que tan bien la está cuidando?
noble parece de fama!

Como lo es, lector querido;
como lo es en realidad.

Un título es en verdad
que el Señor compadecido
enviaba á Rosalía.

Un ser era de bondad,
que en ejercer caridad
cifraba cuanto tenía.

De familia era en el mundo
sóla, y con tanta riqueza
que se hallaba á la cabeza
del capital más fecundo.
Y esto todo á más unido
á un corazón de nobleza,
socorrer á la pobreza
era aquí su cometido.

Así que en cuanto llegó
á sus oídos que había
un ser de tanta valía
en desgracia, hacia él marchó.
Y hallándola tan hermosa
y que mancha no tenía,
llegó á ser de Rosalía,
pronto, madre cariñosa.

Halló en ella tal dulzura
tanta fe, tanto amor, tanto
que llegó á hacerse su encanto
semejante criatura.
Y ni un día se pasaba
sin que fuera á ahogar su llanto,
y á dar fuerza á su quebranto; |
ni un sólo día faltaba.

Y tanto amor la tomó
que en poco tiempo os diré,
sin temor á yerro, que
prohijarla decidió.
Y en efecto: el mismo día
que hablar así se las vé,
resuelta la dama fué
á llevarse á Rosalía.

¡Figuraos el contento,
el júbilo, la emoción,
que sintió su corazón
al saber tal pensamiento!
Lo creía devaneo,
de su mente aberración;
una loca distracción
lo juzgó de su desco!

Pero cuando ya la dama,
en diálogo de las dos,
la dijo: vengo por vos.....
Rosalía loca exclama:
¿Venir por mí? ¡pueda ser!
Pero no puedo, oh gran Dios!
¡Aun de mí está el mal en pos!
¡Aun no me puedo valer!

«Vengo por vos, Rosalía,—
dijo la noble señora—
paro hacerte desde ahora,
si tu quieres, hija mía.
¿Cómo he podido alcanzar —

dice la joven, que llora—
tanto honor? ¡Tal me enamora!
¿Qué más podía ansiar?

Hágase según su anhelo.
Vos tratasteis mi dolor
con el bálsamo mejor
de curar el desconsuelo.
¿Qué más puedo apetecer?
Huérfana soy y mi honor
quiere recoger su amor:
más ya no puedo obtener!

.....

De allí ha poco cierto coche
que á la puerta se encontraba
á un palacio la llevaba,
de suntuosidad derroche.
Allí, sobre blando lecho,
su salud volver notaba;
y en poco tiempo se hallaba
sano y alegre su pecho.

Y bien cuidada y vestida
en salones su hermosura
lució la aldeana pura,
siendo admirada y querida
por todo el que la trató:
De tal modo esta figura,
de amor dechado y dulzura
en la alta esfera vivió.

.....

.....

Canto cuarto

Eran las doce de un día
de los dos años siguientes,
que de nobleza entre gentes
nuestra aldeana vivía,
cuando á compás se veía
un coche y otro llegar
ante el palacio; bajar
de ellos damas y señores
y entre pórticos de flores
en lujosa estancia entrar.

Tras la corta detención
que una firma echar costaba,
el personaje bajaba,
algún que otro en aflicción;
olvidaba la emoción,
su coche á ocupar volvía
y ha poco de allí partía
en otra ó igual dirección:
Esto sin interrupción
se notó todo aquel día.

Pues señor: ¿Qué ocurrirá
allá dentro del palacio?
Las gentes hablan despacio;
mas ¿por qué? ¿por qué será?
¿Alguien enfermo estará?

Yo tal creo debe ser,
sinó ¿á qué tanto temer
hacer el más leve ruido?
Debe estar de muerte herido
en aquella estancia un ser.

Hay una estancia escondida
donde, bajo su techumbre,
no entra ni aun la servidumbre
sin orden bien comprendida.
Sólo una mujer, sumida
en amarguísimo llanto,
del dolor por el quebranto,
se encuentra bajo aquel techo.
Sentada está junto á un lecho
lujoso de palo santo.

E inmóvil se la vé el día
el mismo sitio ocupar;
pues si precisa ordenar
junto á la mano tenía
un resorte que decía
su aviso á cualquier criado,
el que pronto y con cuidado
en la estancia penetraba;
élla el mandato le daba,
lo cumplía y acabado.

Y habrás sacado, lector,
por la relación del hecho,
que había bajo aquel techo
un ser en grave dolor;
como igualmente ó mejor

aquella enferma quien fuera,
y quién, también, la enfermera
que junto al lecho yacía.

La enfermera Rosalía:
la enferma la Marquesa era.

En efecto: aquella dama
que á Rosalía acogió
y por hija la adoptó
es la que enferma está en cama.
Y tan grave está ¡ay! que clama
Rosalía en balde al cielo;
pues la Marquesa este suelo
iba pronto á abandonar,
sin remedio ya encontrar,
ni Rosalía consuelo.

Ya aquel día se encontraba,
por mandato del doctor,
dispuesta con el Señor
como la iglesia ordenaba,
Esto en verdad apenaba
hondamente á Rosalía,
aunque sus bienes sabía
con indudable certeza
que á su nombre, á su cabeza,
todo quedádolo había.

Pero ¡ay! éso para un alma
noble, agradecida y pura
era una doble tortura
que la robaba la calma.
Por eso envuelta en la talma

del pesar más hondo y puro
Rosalía estaba os juro,
sincéramente apenada;
abatida contristada
por mal tan grave, tan duro.

Pues señor: casi de noche
del día en que estoy hablando,
se vé un dama llorando
salir, yendo hacia su coche
con un gesto de reproche.
Esto á tal tiempo pasaba
que otra dama se apeaba
y á subir iba á firmar:
pero viéndola llorar
preguntóla qué pasaba.

¿La Marquesa—dijo—acaso
se encuentra en peor estado?
En este instante ha espirado
—dijo la otra en tono escaso.
Entonces atrás mi paso
—dijo la que á subir fuera—
pues mi firma no sirviera
de nada estando ya en duelo,
¡Pobre ser! gracias que el cielo
habitara: itan buena era!

En fin: mil gracias, señora;
y pues que de lejos soy
á mi casa á tornar voy:
iel viaje eché en mala hora!
Con que vuestra servidora.

Id con Dios—la contestó
la que tal nueva la dió.
Subieron en su carruaje
y de la noche el celaje,
que llegaba, las cubrió.

Era verdad: La Marquesa
acababa de espirar,
y el cielo émpíreo habitar,
que es del Señor la promesa
hecha al ser sobre quien pesa
resignación, fé y amor
y alivio de pecador,
como en la Marquesa había:
por eso de aquí salía
con la sonrisa mejor.

Cuatro hombres con cuatro hachones
ha poco se ve llegar
y la escalera salvar
sin guardar ya precauciones.
De allí ha poco los balcones
se abren tambien sin concierto
la campana toca á muerto
con su lúgubre tañido,
y por el pueblo es sabido
de su muerte ya lo cierto.

.....

Se hicieron los funerales
llegado el día siguiente,
á los que fué mucha gente
por verse pocos iguales.

Después sus restos mortales
al cementerio llevaron
y en rico panteón quedaron
con los que la precedieron;
las gentes luego volvieron
y lo pasado olvidaron.

Es decir: luego se hablaba
de que si testado había
en favor de Rosalía,
ó si nada la dejaba.
Había quién lo negaba
y hubo quién lo aseguró,
y hasta creo se apostó
no pequeña cantidad
entre algunos: qué verdad
ésto tenga no sé yo.

Lo que puedo asegurar
sin temor á equivocarme,
pues para bien informarme
fui el testamento á mirar,
es que todo vino á dar
á manos de Rosalía;
todo cuanto poseía
la Marquesa la dejó:
heredera la nombró
de todo cuanto tenía.

Noticia que á mucha gente
no cogió desprevenida.
Casi era cosa sabida
que no teniendo un paciente,

al no ser que de repente
en el mundo apareciera,
que sería la heredera
de su cuantiosa fortuna
la huérfana que oportuna
en cierto día acogiera.

.....

Rosalía al encontrarse
dueña de tanta riqueza,
no podía en su cabeza
tales ideas formarse.
¡Ella! que llegó á encontrarse
huérfana y en lance tal
que un lecho en el hospital
por algún tiempo ocupó.....
¡no podía, no, ser, no,
tanta dicha concebir!
Que soñaba su vivir,
con tal riqueza, creyó.

.....

Rosalía, como buena
lloró la madre perdida,
su felicidad querida,
con hondo dolor y pena.
Y algún tiempo á todo ajena,
sólo vivió en su pesar,
sin poder del pecho echar
el dolor que la oprimía:
así vivió Rosalía,
sin que era rica pensar.

Pero como en esta vida
con más ó menos dolor
y en fecha corta ó mayor
todo sin querer se olvida;
ó al menos de mal la herida
va poco á poco curando,
en Rosalía fué hallando
tambien su pesar consuelo;
y poco á poco su duelo
lenitivo fué encontrando.

Como era muy natural
siendo tan joven y hermosa,
y una riqueza asombrosa
contando por capital;
fué de envidia objeto tal
entre las gentes del mundo
que con rencor iracundo
miraban á Rosalía;
y las jóvenes del día
con odio más que profundo.

Pues do fuera su hermosura
los hombres la disputaban,
y á cual más la agasajaban,
con atención y finura.
Era en fin la criatura
donde todas las miradas,
de aquel tiempo, eran cifradas.
El hombre por cautivarla,
la mujer por reprocharla;
pues las tenía agobiadas.

Y todos á cual al cielo
rogaban con más fervor.
Ellos por lograr su amor;
éllas por quitar del suelo
lo que para hallar su anhelo
como enemigo tenían:
seres todos, pués, sufrían
por aquel ser ideal;
mas todos viéronse igual
respecto á lo que pedían.

En verdad que era una presa
en quién debían fijarse,
pues no suelen encontrarse
todos los días como ésa.
Con título de Marquesa
y hermosa cual no la ha habido,
no era un ser digno de olvido;
¿qué iba á ser! ¡ni mucho menos!
Por eso tras élla vemos
al hombre loco perdido.

Por parte de Rosalía,
desde que Pedro murió
de amar jamás se acordó:
¡tanto por aquel sufría
la aldeana todavía!...
que fuerza no halló bastante
ni encontró ningún amante
que remedara de aquel
el amor; ni que por él
sintiera amor delirante.

De la rica sociedad
muchos jóvenes quisieron
lograr su amor; mas tuvieron
por respuesta igual verdad.
«Caballero, con bondad
vuestra atención agradezco;
mas de amor un mal padezco
que hasta que no esté curado
me obliga á que sea airado
su amor, el que no merezco».

Así varias pretensiones
Rosalia aniquiló.
Sin embargo: un ser logró
un día sus emociones
cautivar, con las ficciones
que estudió para vencer.
Era este joven un ser
astuto como el mayor,
en los lances del amor
hecho viejo sin querer.

Noble y rico por su cuna
en cuanto hombre hecho se vió
á su padre demandó
cuanta fuera su fortuna.
Y cuando pesetas ni una
ya tenía en su bolsillo,
á casa volvió el muy pillo
fingiéndose dolor prolijo.
¡Arrepentido mi hijo?
—dijo el padre—ipobrecillo!

Y el seno de la familia
otra vez volvió á ocupar
Y por bueno por pasar
no quebrantaba vigilia;
y hablaba de santa Emilia
y de otros santos y santas,
fingiendo virtudes tantas
que le creyeron ya lleno
de arrepentimiento y bueno:
¡oh, falsedad como encantas!

A este ser, cuanto llegó
la noticia de que había
heredado Rosalía
triple de lo que él gastó;
con gran furor empezó
decidida una campaña;
y aunque á las gentes extraña
yo me atrevo á asegurar
que nadie pudo lograr
lo que logró él con su maña.

¡Como que nuestra aldeana
volvió á sentir el amor!;
¡pero tan fuerte ó mayor
que en otra época lejana!
Y hasta se creía ufana
con abrigar tal querer.
¡Sabía también hacer,
con su gallarda figura,
el amor á su hermosura...
que cautivaba su ser!

Verdad es que Don Enrique—
que así el galán se llamaba,
pues con título contaba—
sin que á su mal ponga dique,
necesario es que os indique
que era una bella figura.
De más que media estatura,
con gracia y con garbo tal
que no se hallaba otro igual,
ni hombre ya de más bravura.

Esto unido á que ignorante
se encontraba Rosalía
de que su galán sería
en amor un intrigante,
que derrochado el tunante
había ya una fortuna,
«amando en Castilla á una
y otra en Francia ó Aragón»:
le creyó su corazón
y le amó como ninguna.

Sabía de tal manera
cautivar á las mujeres,
que hacía de sus quererés
esclava á aquella que fuera
más coqueta y altanera.
Era un hombre cuya ciencia
en amor, por experiencia,
de tal manera sabía....
que de éllas su antojo hacía
sin tener de éllo conciencia.

Así que á nuestra aldeana
la costó poco trabajo
poder engañarla el majo.
¡Era tan creida y llana!
Ide alma tan pura y cristiana
que en cuanto amor la juró
y un poco se lo pintó
un sitio bueno y seguro
en su pecho casto y puro
enseguida le cedió.

Y poco á poco fué echando
tales raices su amor
que la pobre ya dolor
por él estaba pasando.
Cada día iba encontrando
más garbo, más donosura
de su amante en la figura;
hasta que notó en su pecho
que pasión se había hecho,
y aquella pasión locura.

Todas estas impresiones
iba notando su amante
con alegría triunfante;
y, cual de otros corazones,
cambiaba las emociones
de la bella Marquesita
del modo que necesita
para conseguir al fin,
su rostro de querubín
y su fortuna bonita.

La preciosa Rosalía,
viéndose sola en el mundo,
dueña de amor tan profundo,
su dicha sólo veía
en que aquel ser que quería
la llevase ante el altar;
y su fortuna entregar
en las manos de aquel ser,
cuya fortuna y mujer
supiera representar.

Así que en cuanto su amante,
con los modos que sabía,
se llegó á decirla un día
lleno de amor el semblante:
«Si juzgais tiempo bastante
ya, el que medió entre los dos,
y creéis nos llama Dios
para hacernos muy dichosos
declarándonos esposos....
vayamos, pues, de élla en pos».

Ella una mirada echando
aquel ser de su amor dueño
díjole que era su sueño
de lo que la estaba hablando.
Su alteración él notando
su limpia mano tomó,
y una dicha la pintó
cual hasta entonces no había:
Esto todo á Rosalía
de trastornarla acabó.

Pues señor: Ya concertada
de estos amantes la boda
está; ya la gente toda
se encuentra de éllo enterada.
La noticia divulgada
pronto fué por la Ciudad.
Cada cual sin caridad
hace miles comentarios,
algunos con chistes varios,
y de muy poca piedad.

.....

Pasa el tiempo. Cierta día
se sabe que al nohecer
el casamiento va á ser;
y á la parroquia acudía
la gente y se detenía
de la entrada hacia la puerta;
allí la esperan alerta
para admirar si ha tenido
gusto en joyas y vestido;
si es linda ó si dama tuerta.

Ya se empezaba á notar
la impaciencia entre la gente,
cuando se oyen de repente
coches de lejos rodar.
Ya se van viendo llegar.
Ya la gente se amontona
por ver quién es la persona
que sale del primer coche,

la que ven á troche ó moche,
y que luego se ovaciona.

Ya por fin llega la novia.
¡Ya está aquí!—gritan algunos
concurrentes oportunos—
¡la Marquesa de Segovia!
y alguna palabra que ovia
por sabida, ya deciros;
aunque se los dá mil giros
porque tengan novedad,
resultando á la verdad
chistes; mas de *obscenos viros*.

Tras un momento espectante
se ve á los novios pasar,
y á las gentes admirar
belleza y gusto bastante.
Nunca se vió más brillante
ni lujoso casamiento.
Por doquier oro sin cuento
gusto, riqueza esplendor.
Se gastó de lo mejor
en todo y sin miramiento.

.....
.....

Pues señor: Ya Rosalía,
merced á la bendición
del sacerdote, en unión
de Don Enrique Pavía
por siempre ya vivirá.

Como en efecto vivió;
pero ¡ay! cuánto no sufrió!
¡Cuánto no pudo penar
con el hombre cuyo amar
por élla loco creyó!

Mas no nos adelantemos
y los sucesos traigamos
por orden. A dejar vamos,
por un tiempo, á los que vemos
ir al altar. Los tenemos
ante Dios hechos esposos.
Solo os diré que amorosos,
después que se celebraron
las bodas, juntos marcharon
á viajar, muy cariñosos.

Dejémosles en su viaje
de una en otra capital,
Don Enrique un dineral
derrochando á su arbitraje.
No hubo de Italia paisaje
que se quedara sin ver,
donde á su gusto y placer
cuanto quiso disfrutó:
cuando de ésto se cansó
vedles á casa volver.

.....
.....
.....

Canto quinto

Son dos años después. Ya Rosalía
va notando en su esposo intransigencia
Su mirada de amor tornóse fría;
cierta intranquilidad, cierta impaciencia.
¿A qué cambio tan brusco obedecía?
¿A qué tan prematura indiferencia?
¿No le ama cada día más su esposa,
y cual nunca brilló brilla de hermosa?

Si: su esposa le quiere; más le adora;
le profesa pasión, ciega locura;
y en cuanto á hermosura estar hoy enamora
cual nunca enamoró con su hermosura.
Es una real mujer, una señora
bella, hermosura, de garbo y donosura:
Así que por marchita ya encontrarla
el Marqués no podía reprocharla.

No: al Marqués debe ser un caso extraño,
el que le tiene así de indiferente
debe ser un terrible, un fatal daño
el que su corazón hiere de frente;
y el le que hace vivir cerca de un año
aislado del bullicio y de la gente.
Sólo sólo el Marqués es el que sabe
la razón de su mal fan triste y grave.

Un día la Marquesa se hizo madre
y con gran regocijo fué corriendo
á decirle á su esposo: ya eres padre;
pero al ver que lo escucha un gesto haciendo,
cual si aquella noticia no le cuadre,
Rosalía exclamó casi gimiendo:
¿Por qué, esposo querido, esta noticia
no te llena de gozo y de delicia?

Yo que á darte venía con gran gozo
tal nueva, de ese modo lo recibes?
y en vez de producir en tí alborozo
apenas si la escuchas y apercibes.
¡Quítame, esposo mío ya el embozo
en que ese tu pesar, mi amor, estribes.
Por qué afligido estás? dí ¿qué te pasa?
¿Cuál es ese pesar que te traspasa?

Si no me ocurre nada, esposa mía—
contesta Don Enrique en tono incierto.
Si soy feliz contigo, Rosalía,
muy feliz, muy dichoso tenlo cierto.
Antes era un pesar el que sentía,
cuya causa á explicarme no me acierto;
mas con esa noticia que me das
gozo tanto cual tu gozando estás.

No consiguió por ésto Don Enrique
la duda de su esposa disipar;
ni la nueva de padre puso dique
tampoco á su desdicha y su pesar:
al contrario, aumentó; y estuvo á pique
casi herido de muerte de enfermar.

¡Produjo en el, Dios mío, tal tormento
que fué en vez de alegría sentimiento!

Pues aunque libertino se acordaba
de la suerte fatal que correría,
mejor dicho, que fijo le esperaba
al ser que de su ser mismo nacía.
quien al venir al mundo se encontraba
pobre, por aquel padre que tenía;
el que sin reparar cosa ninguna
derrochó tras la suya otra fortuna.

Así que la noticia de que un hijo
iba á tener, llenóle de amargura.
¡Una desgracia más! triste se dijo,
¡Oh! pobre, desgraciada criatura!
Creyó mi esposa darme regocijo
y no sabe mi pena y mi tortura.
Y sumido en aquestas reflexiones
se empezó á arrepentir de sus acciones.

Pero ¡ay! era ya tarde. Ya su enmienda
sería, aunque quisiera, infrutuosa.
Dueño no era de nada de su hacienda;
pues derrochóla en vida licenciosa.
Sólo el palacio aquel de su vivienda
libre estaba de todo: ¡extraña cosa!
Y de estos tristes hechos Rosalía
ni el más leve rumor siquiera tenía.

Ella, honrado creyéndole á su esposo,
á su nombre inscribió su gran fortuna,
juzgándolo muy digno y muy honroso;

y no quedó á su nombre finca alguna
de mediano valor: ¡lance penoso,
que debió de pensar más oportuna!
Así que Don Enrique fué empeñando
sus bienes y á su antojo fué gastando.

Como firma de nadie precisaba,
sinó suya, y en casa era él el dueño,
esta finca vendía ó hipotecaba
según gusto; fruncía un poco el ceño;
luego las cantidades se gastaba
sin que nunca turbase ésto su sueño;
y obrando así á su antojo cada día
á gastarse llevo quanto tenía.

Nunca creyó encontrarse de tal modo.
Jamás á extremo tal pensó llegar.
Su fortuna juzgó reina de todo,
eterna triunfadora del gozar;
y con creencias tales en un lodo
de pobreza muy pronto se vió estar:
sin que de ésto pudiera ya librarle
nadie; pues nadie osara ni escucharle.

.....

Un día, cuando ya sintió en su pecho
el tormento fatal de la verdad;
cuando vió el precipicio á que derecho
caminaba por su vicio y maldad.....
isólo entonces veló sobre su lecho!
isólo entonces se habló á sí sin piedad!

Y solución á su estado buscando
las noches se pasaba cabilando.
.....

En ésto íbase el tiempo trascurriendo;
élla estudiando en él las impresiones;
su estado, como puede, él va fingiendo,
y ocultando sus tristes emociones:
hasta que el embarazo fin teniendo
vino á dar al estado soluciones.
Don Enrique ocultar màs no podía
aquel hondo pesar que le oprimia
.....

Su esposa trajo un día al mundo un hijo
que el Marqués recibió con gran dolencia;
mas fingiendo tener goce prolijo
estrechó contra sí al ser de inocencia,
y apostrofándose á sí mismo dijo:
¡Díle, dile á este ser cual es su herencia!
Qué le vas á dejar en esta vida?
¡el estigma de un padre suicida!
.....

Así unos días más fueron pasando.
Don Enrique cual loco se encontraba,
solución á sus males mil buscando;
pero inútil, su mente no la hallaba.
Sólo un rayo fatal acariciando
su razón hace tiempo se encontraba.
¿Solución en el juego encontraría?
Suerte no tuvo nunca: ¿hoy la tendría?

Esto pensó una noche. De mañana
medio loco salió de su palacio
con la idea fatal anti - cristiana
del suicida vil. Marcha despacio,
cual si mostrárase aquel alma humana
á consumir su mal algo rehacio.
¿O es que va rebuscando en su cabeza
alguna solución á su maleza?

En efecto: eso es; pues de repente,
cual herido por rayo luminoso,
se detiene; el índice á su frente
se lleva como el hombre caviloso;
despues dícese él mismo: ¡sí detente!
lleva luego su vista al Poderoso
y cual si se encontrara ya salvado
torna su paso atrás precipitado.

Ha poco se le ve un coche tomar
y á su casa volver. Tras corta estancia
el coche que ocupó vuelve á ocupar;
da señas al cochero y la distancia
que existe á sitio tal pronto salvar
el vehículo logra. Con jactancia
del pescante bajar se ve al cochero
y abrir la portezuela al caballero.

Este págale presto y muy de prisa
del domicilio aquel corta escalera
salva. Llamada algo indecisa
da á una puerta que encuentra la primera.
Abren, y con fingida mal sonrisa

pregunta por el ser que buscando era
Dícnle que es allí efectivamente
y en la estancia penetra sonriente.

.....

La entrevista que tuvo Don Enrique
con el ser que iba á ver prolijo fuera
mas algo es necesario que os indique.
Pues bien, os lo diré: Su objeto era
salir de aquel estado ó ir á pique
del todo, cuyo fin trágico fuera.
Vender ó hipotecar lo que tenía
es la intención fatal que en él había.

Iba á empeñar allí la única hacienda
que de todos sus bienes le quedaba.
A hipotecar allí iba su vivienda,
aquel regio palacio que encantaba,
y el fruto que le diera aquesta prenda
jugarlo, por si el juego le salvaba
Mas ¡ay! que pronto vino la contraria
y se halló en una suerte más precaria.

Salió, y desde el despacho hipotecario
do quedaba en litigio aquel tesoro,
dirigióse al malévolo escenario
de la casa de juego en que hay más oro:
la misma que llevóle un bien salario
en otras ocasiones sin gran lloro,
Allí llega, mediata una jugada.....
la apunta..... pero no sale acertada.

Ya, luchando en ganar, con vano empeño,
lo poco que le resta tira airado

á una carta, que espera con mal ceño
á la vez que con ansia y agitado.
¡Llega al fin la contraria! y sin ser dueño
de lo que hace, de allí sale exaltado.
¡Ya no hay nada, no hay nada que le pueda
sacar de aquel estado en que ya queda!

Esto ocurrió la noche precedente
que el bautizo de su hijo celebrarse
debía, cual se dijo ya á la gente.
Pavía resolvió ya suicidiarse;
mas en forma estudiada, consecuente,
como nadie pudiera sospecharse.
De la casa de juego fué á su casa
y la noche pensando en éllo pasa.

Llega el día despues: Está el palacio
de amigos y parientes casi lleno.
Todos están joviales; no hay rehacio
á la fiesta ninguno; es todo ameno.
A la iglesia se va y vuelve despacio
de chiquillos trayendo un grupo bueno;
los que á unísona voz tras él gritando
«¡bautizo!» van las calles atronando.

Cuando en casa se vió la comisión,
las voces de los chicos atronaban;
sin quitar ni uno su ojo del balcón
del centro del palacio, por si echaban
dinero, no perder tal ocasión
y coger cuanto vieran arrojaban.
Mientras ésto pensaban los chiquillos
sus planes Don Enrique halló sencillos.

Oportuna ocasión esta es—se dijo—
para dar fin, oculto, á tantos males.
Fué á estrechar entre sus brazos á su hijo;
un beso dióle cual no tuvo iguales
y en riquezas mostrándose prolijo
en pesetas cambiar mandó cien reales.
Esto así las echó en cierto talego
y al gran balcón del centro salió luego.

En el mismo y en otro los amigos
presenciaban el bello festival
de verse convertir en enemigos
los chicuelos en lucha desigual;
mas pronto convirtiéronse en festigos
de un lance tan pensado cual fatal.
Don Enrique, en pensada evolución
se inclinó y se arrojó por el balcón.

Un grito de terror dejóse oír
en la gente del pueblo y convidados,
sin saber como tal pudo ocurrir.
Algunos contemplaban acercados
el cuerpo que dejó ya de existir.
Los chicuelos huyeron aterrorados.
Y todos muerte tal atribuyeron
á un suceso casual, pues tal creyeron.

A su esposa, que en cama se encontraba,
lo fatal del suceso la ocultaron.
Dijéronla que enfermo algo se hallaba,
intriga que estudiar bien precisaron.
Y así según el tiempo se pasaba
su gravedad con tino noticiaron,

hasta que un día ya supo lo cierto
y la forma tan triste en que hubo muerto.

De perder Rosalía estuvo á punto
la razón. ¡Qué de luchas y torturas!
¡Y que este mal no es sólo, ya, barrunto
dijose entre pesares y locuras!
Y en verdad que así fué; pues el conjunto
vió pronto de sus miles amarguras.
¡Pronto vió que se hallaba sin hacienda!
¡Sin ser dueña siquiera de vivienda!

Entonces de su esposo no creyó
ya la muerte casual sinó estudiada,
causa de la fortuna que perdió,
por hombres muy honrados deseada.
Cuando así la aldeana se encontró
su estado comparar con qué no hay nada.
Lloró, sí; clamó y rogóle al cielo
con lágrimas de amargo desconsuelo.

Y el tiempo de escrituras trascurrido,
al ver que se quedaba ya sin bienes,
comentarios las gentes de éllo haciendo
y expuesta, sin su culpa, á mil desdenes,
decidió sus enseres ir vendiendo,
ceñir con el dolor sus castas sienas,
y á morir retirarse allá á su aldea
con su hijo y el pesar que la rodea.

Y así lo hizo en efecto: Rosalía
anunció sus enseres á almoneda;
á metal redució cuanto tenía,

y cuando ya de todo no la queda
sinó algunos objetos que quería
reservarse en recuerdo, la vereda
vuelve á tomar del pueblo en que nació
y cual salió, llorando, así volvió.

¡Oh, preciosa aldeana! ¿qué aflicción
no ha herido sin piedad ese tu pecho?
¿Qué pesar no oprimió tu corazón?
¿Qué mal no llegó á tí siempre derecho
á sumirte en amarga confusión?
¿Qué pecado, mujer, es el que has hecho?
¿O es que viniste al mundo á ser ejemplo
de la mártir del mal, digna del templo?

Sí que mereces tal, bella mujer;
pues aunque de mil males siempre herida
todos supo arrostrar ese tu ser
con fe y resignación santa y querida.
¿Qué te resta del mundo que saber?
¿En qué esfera vivir resta á tu vida?
¿A ser rica Marquesa no llegaste?
Y en todas las esferas ¿qué encontraste?

El dolor, el pesar, el sufrimiento;
la ingratitude, el llanto, la amargura.
Antes, de pobre ser, el sentimiento.
Rica siendo después igual tortura.
¡Luego un hombre, fingiendo amor sin cuento,
engañó tu muy cándida hermosura,
trayéndote su amor el mayor mal:
la ruina, y con un hijo ¡qué fatal!

Rosalía sumida en triste lloro
á su aldea tornaba cual salió,
sus sollozos y llanto haciendo coro:
¡igualmente que aquello abandonó!
Es decir: sus angustias casi ignoro
si juzgarlas mayores hoy ó no.
Pues si entonces el mundo la asustaba
al verse sólo y triste, hoy no variaba.

Porque aunque la aldeana algún dinero
llévase hoy, producto de sus ventas,
no era, no, capital; sinó un ligero
alivio á su pobreza, cuyas rentas
diéranla de producto al año entero
unas mezquinas y sencillas cuentas.
Además hoy la hermosa Rosalía
un hijo, cual entonces no, tenía.

Este ser la existencia de la madre
es el que con dolor preocupaba
No hay pesar que su pecho más taladre
que pensar en el hijo que adoraba;
en la suerte labrada por su padre:
¡ésto era lo que más la atormentaba!
Por lo demás, para élla cualquier suerte
fuera buena en la vida hasta su muerte.

.....

Cuando ya de su aldea vió la entrada
á sus ojos brotó copioso llanto.
Se acordó de la infancia allí pasada
donde fué tan feliz, do corrió tanto,

por esta y por aquella encrucijada!
¡Tendió después la vista á su quebranto
y estrechando á su hijo con cariño
le besa y clama luego: ¡pobre niño!

.....

Cuando más cerca ya vieron sus ojos
el cementario aquel do descansaban
de sus queridos padres los despojos,
los suspiros y lágrimas la ahogaban.
¡Ya me teneis aquí llena de enojos!
—exclamó— vuestros restos me aguardaban,
¡Lo mismo que os dejé vuelvo á buscaros!
¡Si llorando me fuí, igual á hallaros!

¡No tardaré en venir á ser cual vos
materia que se pudre, no; yo espero,
por el llanto y pesar que de mi en pos
vino siempre, que pronto, pronto muero!
¡No lo siente mi alma más, oh Dios,
que por mi hijo, este ser que tanto quiero!
Si no fuese por él ya Rosalía
la muerte con fervor invocaría!

¡Pero no, viviré! si, si, hijo mío!
Viviré, si Dios quiere, hasta criarte
se lo ruego al Señor y en tal confío
¡Huérfano no quisiera, no, dejarte,
que huérfana yo fuí y mundo impío
me trató cual no quisiera Dios tratarse!
¡No, Dios mio, por mi hijo viviré
y de morir ya mozo le veré.

Y no murió, en efecto, Rosalía
antes que él; fué su hijo el que murió,
cuando apenas dos años contaría.
Tan terrible dolencia le atacó
que salvarle imposible ya se hacía,
y, tras largo sufrir, la muerte halló.
La madre recibió ésto como mal,
siendo así que era suerte lo fatal.

Rosalía su vida ya indecisa
y sin afecto alguno la pasaba,
ajena á todo goce y toda risa,
esperando la muerte que anhelaba,
la que á herir no acudía con gran prisa
pues parece sus voces no escuchaba.
¡Siempre ha de ser traidora é inhumana
y acudir cuando quiere y es su gana!

Mas no tardó, no, mucho en acercarse
á herir de Rosalía el martir ser.
De la muerte de su hijo iba á contarse
el cuarto aniversario, y sin ya ver
que empezaba la madre á consolarse
de cuantos males pudo aquí tener,
llega entonces la muerte con su velo
la envuelve y se la lleva de este suelo.

.....

Rosalía, según veis, pues, murió
después de haber gustado cuantos males
ser humano jamás aquí probó,
ni tampoco tan tristes ni fatales:

por eso del martirio se llevó
la palma entre los seres terrenales.
A la protagonista de esta historia.....
¿negársela, lector, puede la gloria?

.....
.....
.....

Allí está entre coros—cantando y riendo
la bella aldeana—que tanto penó.
La flor de aquel valle—que siempre sufriendo
estuvo en la vida—la gloria ocupó.

Y si aquí era hermosa—cual no hubo ninguna
más bella y hermosa—se puso al morir.
La velaron ángeles—la alumbró la luna
y adquirió hermosura—cual no hay que decir.

.....

¡Adios, flor del valle,—bella Rosalía,
mártir de las mártires—reina del amor!
Yo también contigo—marcharme quería.
¡Me marchó!..... Y te dejo—adios mi lector.

FIN







